

ENTRE EL CAUCE Y LA MONTAÑA: MEMORIA, OLVIDO Y NEGOCIACIÓN DEL RIESGO EN EL ESTADO VARGAS, VENEZUELA

ROGELIO ALTEZ *

Recibido: Julio 2010
Aceptado: Enero 2011

Resumen

El desastre de diciembre de 1999 en el Litoral Central venezolano es uno de los eventos catastróficos más importantes en la historia del país. Su ocurrencia en medio de un contexto político convulso amplificó sus efectos y contribuyó a sostenerlos por mucho más allá de su momento paroxístico. Las estrategias de reconstrucción han evidenciado la recurrencia de las relaciones clientelares, en donde el capital privado, las instituciones públicas y la participación de las comunidades en algunas decisiones de la propia reconstrucción, enseñan que el riesgo se negocia sobre la base de los intereses de turno, contribuyendo a la reproducción de las condiciones de vulnerabilidad preexistentes al desastre. Se trasluce en ello igualmente que, a pesar de tratarse de uno de los eventos más destructores y traumáticos de la contemporaneidad, tal cosa parece no alcanzar como para producir mecanismos de adaptación efectivos; por el contrario (y como siempre), las relaciones de poder reproducen sus intereses aprovechando las circunstancias, reproduciendo así el proceso de riesgo que condujo al desenlace catastrófico de 1999.

Palabras clave: Negociación del riesgo, vulnerabilidad, desastre, Estado Vargas, Litoral Central de Venezuela.

Between the channel and the mountain: Memory, forgetting and risk negotiation in Vargas state, Venezuela.

Abstract

The disaster of December 1999 in the Central Venezuelan Littoral is one of the most important catastrophic events in the country's history.

* Antropólogo y Magister en Historia de las Américas. Profesor Escuela de Antropología, Departamento de Etnología y Antropología Social. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. E.mail:ryaltez@cantv.net

The occurrence in the middle of a political convulsed context amplified the effects and helped to support it far beyond its paroxysmal moment. Reconstruction strategies have demonstrated the recurrence of client relations, where private capital, public institutions, and community participation in some reconstruction decisions, show that risk is negotiated based on political interests, contributing to the reproduction of the disaster's pre-existing conditions of vulnerability . It shows also that in spite of about it being one of the most destructive and traumatic events of contemporary times, it seems not to be enough to produce effective mechanisms of adaptation; on the contrary (and as always) power relationships reproduce its own interests taking advantage of circumstances, this way reproducing the process of risk that led to the catastrophic unleash of 1999.

Key Words: Risk negotiation, vulnerability, disaster, Vargas state, Central Venezuelan Littoral.

Entre le canal et la montagne: Mémoire, oubli et négociation du risque de Vargas, au Venezuela.

Résumé

La catastrophe en décembre 1999 dans la Côte centrale du Venezuela est l'un des événements catastrophiques plus importantes dans l'histoire du pays. Son occurrence au milieu d'un environnement politique agitée a amplifié ses effets et a aussi contribué à les maintenir au-delà du temps paroxystique. Les stratégies de reconstruction ont montré la récurrence des relations du clientélisme, où les capitaux privés, les institutions publiques et la participation communautaire dans certaines décisions de leur propre reconstruction, montrent que le risque est négocié sur la base d'intérêts au pouvoir à ce moment, en contribuant à la reproduction des conditions de vulnérabilité préexistantes au moment de la catastrophe. Il est révélé également que, bien qu'étant l'un des événements les plus dévastateurs et traumatisants du présent, la réalisation d'une telle chose ne semble pas produire des mécanismes d'adaptation efficaces ; au contraire (et comme toujours), les rapports du pouvoir reproduisent leurs intérêts, en profitant des circonstances, reproduisant ainsi le processus de risque qui a conduit à des résultats catastrophiques de 1999.

Mots-clés: négociation du risque, vulnérabilité, catastrophe, Vargas, Cote Centrale du Venezuela.

variables fundamentales y anteriores al desenlace: *amenaza* y *vulnerabilidad*, las cuales se combinan en el tiempo y el espacio para desatar una gran adversidad. El mismo fenómeno natural, por ejemplo, de haber sucedido en un contexto con otras condiciones (llanos, desiertos, o en el medio del océano), no hubiese causado las mismas consecuencias. Esta lógica es la que conduce a comprender que *los desastres no son naturales* (como ya lo tiene dicho Maskrey, 1993, junto a muchos otros autores), y que son el resultado de una *construcción histórica y social* (García Acosta, 2005). No obstante, la observación de los efectos de estos eventos no debe reducirse al impacto único de las pérdidas humanas y materiales, sino que también debe apreciarse en derivaciones que contribuyen al trastorno del orden y a la profundización de las consecuencias negativas. Al mismo tiempo, como los desastres revelan “funciones y disfunciones de las sociedades donde golpean” (Revet, 2006), el ejercicio del conocimiento también debe atender las condiciones sociales existentes al momento de advenir un evento desastroso. La combinación metodológica de estas aproximaciones contribuye a la construcción de una mirada analítica sobre los riesgos y las vulnerabilidades.

El desastre de 1999 en el estado Vargas (Figuras 2 y 3), en consecuencia, tornó transparentes los procesos sociales que construyeron las variables necesarias para la catástrofe. Más aún, esto no sólo fue posible apreciarlo sobre el resultado destructor de las lluvias y los aludes de aquel diciembre, sino que también (y como es obvio) quedó al desnudo en los procesos posteriores de atención a la emergencia, de solución a los desplazamientos, de cobertura a los damnificados y de reconstrucción de la zona devastada. Precisamente, en este último aspecto ha quedado claro que las mismas variables que potenciaron la materialización del desastre, han continuado operando posteriormente enmascarando los intereses del poder y explotando la “vulnerabilidad social” (a decir de Wilches-Chaux, 1993) de las comunidades. El proceso de construcción social de los riesgos, en este caso, puede ser observado en pleno desarrollo y con total transparencia a la vuelta de la intervención de los agentes y las variables de siempre: el *poder político*, el *capital privado*, el *olvido* de las comunidades, y la *negociación de las formas de convivencia con las amenazas* (“risque négocié”, en palabras de Revet, 2006).



Figura 2 Efectos destructivos por deslizamientos en la zona de Tanaguarena, al este del litoral central. Fotografía gentilmente cedida por vecinos del lugar



Figura 3 Destrucción de la urbanización Los Corales por aludes y flujos de sólidos. Fotografía de la Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas

El problema del riesgo, desde los últimos aportes que los discursos de las ciencias sociales han legado a la investigación sobre el tema, ha girado su eje interpretativo más allá de la exclusiva observación de su condición empírica o de su probabilidad estadística, llamando la atención sobre, precisamente, la “construcción”, la “percepción”, la “noción”, o la “representación” (siguiendo la lógica que al respecto expone Revet, 2006). Todas estas perspectivas parten de una mirada que atiende a “lo social”, evidentemente, como la condición determinante del riesgo. En este sentido, el riesgo como *producción* social (entendiendo el término en su sentido materialista), al tiempo

que es indefectiblemente “histórico”, no puede ser apreciado solamente desde los resultados que cristalizan debido al proceso anterior que le determina (tal como si ese proceso culminara con el desastre y se reiniciara luego de éste), sino que debe comprenderse en su característica más crítica e importante: la *reproducción* en el tiempo (Altez, 2009).

Independientemente de cómo sea percibido, construido o representado socialmente, *lo que interesa es comprender cómo es que el riesgo se reproduce en el tiempo*, pues ha quedado históricamente claro que, a pesar de que se tornen dramáticamente evidentes las variables que le construyen, el riesgo continúa siendo una “probabilidad” en tanto se reproduzcan las condiciones vulnerables (materiales o subjetivas) con las que se “percibe” o “representa”.

En este trabajo se pretende explorar la combinación de las variables con las que se construyen y reproducen los riesgos y las vulnerabilidades en el estado Vargas, a partir de los procesos que se llevaron a cabo con y desde el desastre de 1999. Entre otras cosas, la relación entre el poder político y el capital privado, así como la posición ideológica de las comunidades que negocian su vulnerabilidad tal como si se tratase de una reivindicación social, vienen a fundirse y confundirse con una región en donde la regularidad de eventos por el estilo ha quedado sepultada en el olvido colectivo y trastocada en una memoria de la negación.

2. CONDICIONES MATERIALES DE VULNERABILIDAD

El estado Vargas de Venezuela se ha consolidado históricamente en torno a la actividad portuaria que sirve a la ciudad de Caracas. En este sentido, La Guaira, como poblado y como puerto, ha sido el referente de la región concentrando en su entorno a la mayoría de la población. El atractivo del lugar, en tiempos fundacionales, no estuvo en la funcionalidad del lugar como puerto, sino en la cercanía a Caracas. Los españoles que exploraron el entorno buscaban un acceso rápido al valle en el cual, pronto, plantarían una base expansiva hacia el *hinterland* del actual territorio venezolano. Las condiciones naturales de la región, de una manera u otra, dificultaron los asentamientos y la viabilidad de un desarrollo mayor.

El litoral central es una estrecha franja que recorre la costa entre montaña y mar (Figura 4). La descripción de Cunill Grau (1987), coincide con estas afirmaciones:

Ha sido una constante geohistórica la interrelación funcional entre la ciudad de Caracas y su Litoral próximo, particularmente con el puerto de La Guaira, conformándose una microrregión bastante homogénea en el sector comprendido entre las localidades de Chuspa y Chirimena-Aricagua. Son paisajes costeros de terrazas litorales muy poco desarrolladas, playas estrechas y sectores de conos de deyección de la cadena del Litoral del Tramo Central de la Cordillera de la

Costa que se presenta aquí alta y abrupta con alturas de 2.640 mts. en la Silla de Caracas y 2.675 m. en el Cerro Naiguatá. Sólo el surco de Tacagua corta esta cadena del Litoral posibilitando las comunicaciones históricas del valle de Caracas con este litoral caribeño, ello lleva a denominar esta microrregión como Litoral Central Caraqueño. Cunill Grau (1987, I: 482).

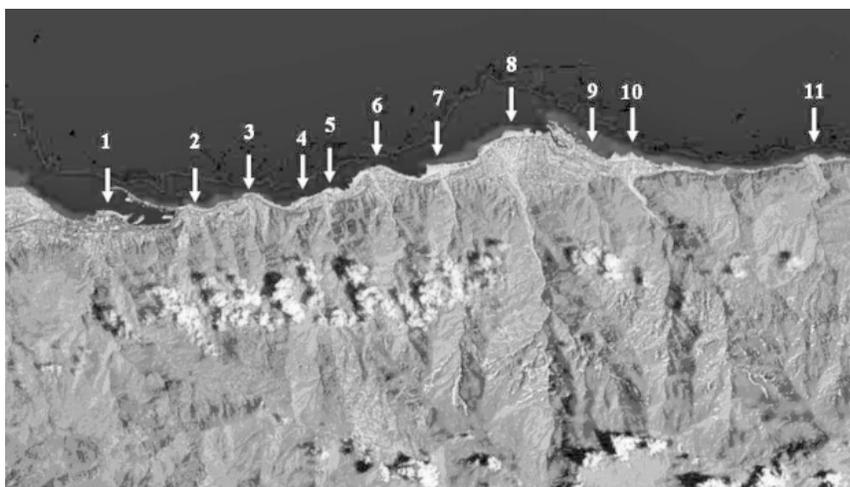


Figura 4 Imagen satelital de un sector del estado Vargas.

Los señalamientos numerados corresponden a los siguientes abanicos o zonas de explayamiento: 1, Quebrada Piedra Azul, Maiquetía; 2, Quebrada Osorio, La Guaira; 3, Quebrada de Punta de Mulatos, Punta de Mulatos; 4, Quebrada de baja a un lado del camino que conduce a San José de Galipán, Macuto; 5, Quebrada de La Veguita, Macuto; 6, Quebrada de El Cojo, Macuto; 7 Quebrada de Camurí Chico, 8, Río San Julián; 9, Quebrada Seca, Tanaguarena; 10, Quebrada Cerro Grande, Tanaguarena; 11, Carmen de Uria. Imagen modificada de <https://zulu.ssc.nasa.gov/mrsid/mrsid.pl>

En esta región se desarrolló, desde el siglo XVI, el poblamiento del litoral central, signado por la dinámica propia de la naturaleza que le conformó y continúa afectando periódicamente. Humboldt se refirió a la zona como una “costa peñascosa y muy elevada, presentando sitios tan agrestes como pintorescos. (...) En todas partes son escarpadas las montañas y de una altura de tres o cuatro mil pies...” (1956, II: 210-211). Desde esas características, una población que hacia 1816 (Díaz, 1817), reunía entre La Guaira (1.976), Macuto (894), Naiguatá (541) y Maiquetía (1.209), poco más de cuatro mil personas, en 1999 contaría con 308.303 habitantes (según estimaciones de la OCEI, 1997).

En esa estrecha franja ya observada, la población se fue asentando en los pocos espacios que permitieron el crecimiento urbano, es decir, en aquellas terrazas señaladas por Cunill Grau, las cuales recorren abruptamente la región, formadas por los sólidos que eventualmente descienden desde lo alto de las montañas hasta descansar en sus abanicos aluviales.

No menos de diecisiete ríos de pequeño caudal que bajan de la sierra, por cuyas aguas se puede ir en bote durante un trayecto de dos o tres millas tierra adentro a través de estos estrechos valles, que más bien parecen grietas abiertas en la montaña, y a lo largo de los cuales florecen hermosos cañamerales y cacaotales. (Duane, 1968, I: 12).

La Cordillera de la Costa, en donde se despliega el actual estado Vargas, “es un alta serranía que se desplaza paralelamente a la costa del Mar de las Antillas o Caribe,... [que] presenta sus mayores elevaciones en su tramo central entre las cercanías de la ciudad de Caracas y las poblaciones costaneras de Maiquetía, La Guaira, Macuto, etc. (...)” (Rohl, 1949:34-35). Garner (1959:1333-1334), diría que “*The northern slope of the Cordillera de la Costa is steep and descends from an altitude of slightly less than 2 miles to sea level in a horizontal distance of about 6 miles*”. Urbani (2002) complementa con lo siguiente:

Al visualizar el tramo de la Cordillera en consideración, en sentido Este-Oeste puede notarse un claro escalonamiento que muestra grados distintos de exhumación de las rocas más viejas. El macizo del Ávila propiamente dicho corresponde a los bloques Galipán y Naiguatá.

Este macizo adquiere su aspecto actual en el Neógeno (Schmitz *et al*, 2000) y está compuesto principalmente por esquistos y gneisses de edad Paleozoica-Precámbrica, removilizados al final del Paleozoico (Urbani y Ostos, 1989). La Figura 5 enseña un perfil de la región captado pocos días después del desastre.

Continuando esta descripción que asciende histórica y científicamente escalando autores y estudios dedicados a la región en sí, debe agregarse, asimismo, que el levantamiento tectónico de la región continúa activo (Singer, 1977) y que la misma se ve afectada directamente por el Sistema de Fallas de San Sebastián, cuyo nombre se debe a la localidad de San Sebastián de Maiquetía (ver Figura 6). Este sistema de fallas, con accidentes dextrales, forma parte del sistema principal Boconó-San Sebastián-El Pilar, registrando un movimiento con un promedio de 1 cm./a (Audemard, 2002).



Figura 5 Vista aérea de los abanicos aluviales de Camurí Chico, en primer plano, y de San Julián, al fondo. Nótese la diferencia de los materiales arrastrados en ambos casos. Fotografía: José Antonio Rodríguez, Fundación Venezolana de Investigaciones Sismológicas

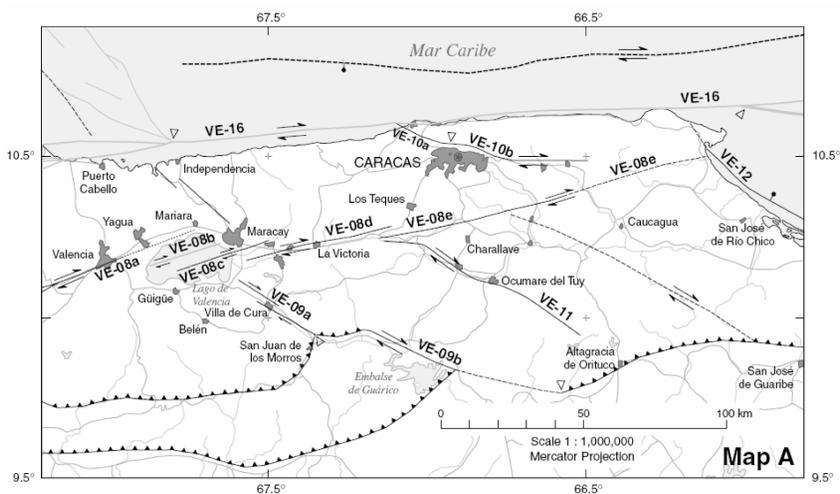


Figura 6 Detalle del mapa de fallas cuaternarias de la región norcentral de Venezuela (tomado de Audemard *et al.*, 2000). Al Norte de Caracas se ubica el litoral central y la falla identificada con la nomenclatura VE-16 es la de San Sebastián

San Sebastián de Maiquetía, hoy totalmente conurbada con La Guaira y el resto de los antiguos desarrollos coloniales del litoral, conforma un solo cinturón urbano continuo desde Mamo y Arrecife, al oeste de Catia la Mar, hasta la urbanización Tanaguarena, al extremo este de Caraballeda, interrumpiendo esta continuidad por la carretera hacia Naiguatá, la cual se despliega en una delgada cornisa que bordea la costa y se halla flanqueada por elevados taludes y prolongadas torrenteras. En medio de esta carretera, se ubicaba la población de Carmen de Uria, arrasada por los aludes de 1999.

Con estas características, está claro que el litoral central se ve severamente amenazado por riesgos *sísmicos* (terremotos), *geológicos* (deslizamientos y desprendimientos de rocas), *hidrometeorológicos* (aludes producidos por vaguadas y tormentas) y *meteorológicos* (mares de leva o marejadas provocados por tormentas). En un contexto como este, la vulnerabilidad se acrecienta con las condiciones históricas y sociales de desarrollo urbano invasivo y anárquico, profundizando la fragilidad ante eventos potencialmente destructores. A pesar de convivir con la periódica activación de todas las amenazas, las comunidades que residen en el litoral permanecen sordas al murmullo de la naturaleza, aguardando quizás por un Estado o gobierno milagrero que, aun profundizando el olvido, cambie la vulnerabilidad por progreso.

3. CONDICIONES SUBJETIVAS DE VULNERABILIDAD

La convivencia con las amenazas antes descritas no ha pasado desapercibida en la historia de la región, a pesar de que esa relación no guarde una correspondencia simbólica probada con las representaciones sociales de las comunidades que las padecen. Cuatro terremotos destructores (1641, 1812, 1900 y 1967) y por lo menos siete eventos con aludes torrenciales, asociados a lluvias irregulares (1798, 1892, 1938, 1948, 1951, y ahora 1999 y 2005), han sacudido los mismos espacios ocupados por el asentamiento urbano colonial y moderno desde el siglo XVII (hasta esa fecha llega la documentación sobre estos eventos). A pesar de todo esto, la sociedad que allí se despliega no ha logrado traducir su práctica cotidiana en recursos certeros y eficaces que la preparen para la convivencia exitosa con esas amenazas (véase Altez, 2005).

El proceso de asentamiento y ocupación del litoral se dio a pesar de la recurrencia de estos eventos destructores. La vinculación determinante de la zona con el polo de atracción que ha significado históricamente Caracas, como capital administrativa e institucional de Venezuela, sujetó el desarrollo de esas localidades al crecimiento económico de los terratenientes coloniales caraqueños, en primer lugar, y luego al de las inversiones privadas asociadas al comercio portuario decimonónico, para que en la contemporaneidad sobreviva determinada por las relaciones clientelares que el poder político y capitalista han construido de la mano de la ideologización y la explotación masiva. Los riesgos, ante estas profundas relaciones históricas que controlan

y determinan los procesos sociales, fungen como oportunidades eventuales para la reproducción de la explotación y la ideología clientelar, construyendo vulnerabilidades y potenciando las amenazas.

Las condiciones de vulnerabilidad material de la región no pueden disociarse de las condiciones subjetivas que construyen la comprensión de la realidad en las que las sociedades insertan su existencia. Se trata de una existencia indivisible de su historicidad, de manera que no es posible advertirla como un proceso diferente al que simbólicamente se articula con las estructuras sociales. La forma a través de la cual las comunidades se comprenden a sí mismas dentro de la realidad (el *comprender-se* al que hace alusión Gadamer, 1997), forma parte de su historicidad, de su existencia (la *Existenz* de Koselleck, 1997), y traducen en la praxis la condición particularmente humana de “producir la sociedad” (Godelier, 1989). En este sentido, y siguiendo a Eric Wolf (1987:99), “la especie humana produce no nada más con la mano sino también con la cabeza...”.

De allí que estas condiciones de riesgo (sea éste “aceptado”, “representado” o “construido”), forman parte de un proceso a través del cual la sociedad produce y reproduce su propia existencia, y sus propios recursos de perpetuación y supervivencia. En el caso de la región litoral venezolana, y así como en muchos otros lugares propios del mundo moderno y las desigualdades contemporáneas, las comunidades allí asentadas han “producido” sus propias condiciones de vulnerabilidad y “construido”, en consecuencia, una forma característica de convivir con los riesgos.

De la mano de un sentido del tiempo que se mueve hacia delante (la *aceleración* a la que alude Marramao, 1989), el pasado no retorna y sólo puede ser interpretado como un recurso ideológico políticamente útil. Así se va construyendo un olvido sistemático que, sumado al hecho de que la ocupación humana de los ambientes naturales en la región ha dado la espalda a su comportamiento regular y característico, contribuye a la construcción histórica y social de riesgos que se traducen en vulnerabilidades materiales y subjetivas. A esto es a lo que Wilches-Chaux (1993) llama “vulnerabilidad social”, pues se trata de condiciones que trascienden la vecindad meramente física para traducirse en la ausencia de acciones y recursos concretos, y efectivos, ante la “probabilidad” del riesgo. Al mismo tiempo se le puede señalar como *vulnerabilidad estructural*, pues el “riesgo se torna cultura” (parafraseando a Revet, 2006) y se reproduce desde las estructuras sociales que construyen la realidad. Esa vulnerabilidad, para el caso de la región litoral venezolana, se ha materializado en un desarrollo urbano invasivo de las zonas de mayor susceptibilidad de ocurrencia de fenómenos potencialmente catastróficos y se incrementa con la profundización de las desigualdades sociales, el desconocimiento del entorno y el medio ambiente, el olvido de los desastres, y la solidificación de las relaciones clientelares.

En este sentido, uno de los problemas más claramente advertidos como consecuencia de la vulnerabilidad estructural, se encuentra representado en la *ausencia de memoria*,

donde la sociedad naufraga en un presente sin base, suspendida entre tres dimensiones concretas y de espaldas al pasado, al que sólo se le reconoce de manera alucinatoria, como un referente romántico o mítico, pero nunca real. Ello implica un desconocimiento grave del entorno en el cual sobrevive y la sistematización del olvido, donde las propias condiciones que construyeron la realidad en la cual se desenvuelve, pasan desapercibidas delante de su forma de comprender-se con relación al entorno en el que circunscribe su existencia. En el caso del estado Vargas, el olvido de su pasado, o bien el desconocimiento certero de los hechos que contribuyeron a su presente actual, ha representado una buena parte de la responsabilidad en las consecuencias catastróficas de los últimos desastres padecidos.

4. LA REPRODUCCIÓN DE LAS VULNERABILIDADES

Por lo general, el discurso científico e institucional sobre el riesgo resalta el ya conocido “ciclo del desastre” (*antes, durante y después*), como un ritmo que se cierra y se reinicia cada vez que ocurre un evento adverso. Sin embargo, esta perspectiva no advierte la clave del asunto, la cual se encuentra desarrollada y desplegada dentro del *proceso histórico y social*, donde ciertamente se construyen *todas* las variables del riesgo. Si se observa analítica y críticamente este proceso, la noción del ciclo pierde sentido, pues, a la vuelta de ese ejercicio interpretativo y metodológico, todas las causas subyacentes y todas las condiciones dinámicas se vuelven visibles, es decir: se tornan *comprensibles*. Sólo entonces es posible observar al riesgo como *una construcción histórica y social*, tal como Cardona, 2005, y García Acosta, 2005, lo explican con claridad.

En este sentido, la misma lógica analítica que observa a los riesgos como el resultado de una construcción, es la que permite entender que su retorno en el tiempo (esto es, la repetición del cruce catastrófico entre las variables “amenaza” y “contexto vulnerable”) *representa la reproducción histórica y social de las condiciones de riesgo* (Altez, 2009). Por consiguiente, el riesgo no sólo se *produce* históricamente, sino que también se *reproduce*. De allí que las amenazas y los contextos vulnerables conforman una relación históricamente construida y socialmente reproducida, y es por ello que muchos desastres se repiten en la historia de una sociedad. Esta advertencia no coloca, sin embargo, a la sociedad como “responsable” del riesgo, ni le otorga criterios de “personalidad”, tal como si se tratase de “alguien” que construye su propia fragilidad (como si estuviese consciente de ello), sino que propone una mirada metodológica al respecto, entendiendo que las nociones de *construcción* y *reproducción* son categorías analíticas (abstracciones cuya *función* es la de *comprender*), y no literalidades igualables a la realidad empírica.

El riesgo y todas sus probables consecuencias (desastres de “impacto lento” o de “impacto súbito”, de acuerdo a García Acosta, 1996), pueden ser advertidos, entonces,

como un proceso y no como un ciclo. Representan, a su vez, un conjunto de indicadores fehacientes de las condiciones estructurales de la sociedad y es por ello que, en consecuencia, puede comprenderse el riesgo como una condición (o como un conjunto de condiciones) históricamente construida y reproducida. La idea del ciclo simplemente muestra al proceso histórico como una concatenación de partes enlazadas cuyo sentido sólo podría comprenderse en los resultados observados en la larga duración. Es ésta una confusión muy común sobre el proceso histórico, pues *la historia no es una suma de partes mecánicamente articuladas*, sino un proceso continuo y dialéctico, una unidad estructural y temporal indivisible donde las condiciones sociales de existencia determinan la construcción (material y subjetiva) de la realidad, a la cual sólo se puede acceder interpretativamente desde estrategias metodológicas. Esta perspectiva hace posible ofrecer una mirada analítica profunda (y no descriptiva) sobre cualquier desastre y sus consecuencias, toda vez que, a través de ella, se pretende comprender a los procesos históricos y sociales como unidades que no giran sobre sí mismos (dando la alucinatoria idea de ciclos que vuelven a comenzar cada vez que retornan a su punto de partida), sino como constructos dialécticos que se transforman en el tiempo.

El desastre de 1999 en el litoral venezolano, permite observar la aplicabilidad metodológica de lo antes señalado. En este “caso escuela” es posible advertir, como parte de sus expresiones características, la compleja interacción entre las amenazas (naturales y antrópicas) que coinciden en la región. Esta interacción no sólo se tornó dramáticamente visible *durante* el desastre o (desde una lectura histórica de las condiciones de riesgo) *antes* de la catástrofe. El proceso histórico que cristalizó en el cruce fatal entre todas esas amenazas y el contexto vulnerable que representaba la región en ese momento, no desapareció con la tragedia y tampoco se encuentra esperando para reanudar el “ciclo”; precisamente, permanece dando obvias muestras del largo alcance de sus efectos y de *la continuidad de sus causas profundas*.

Después del desastre en esta región (probablemente al igual que en muchos otros contextos socialmente similares), el gobierno se dio a la tarea de desplegar todas las herramientas que por entonces tenía a su disposición, de la mano de un sonoro discurso reivindicador de su rol asistencialista, haciendo énfasis en los “errores del pasado” y destacando las metas para un futuro que, a partir de ese momento, se hallaba en sus manos. Este discurso resulta característico en coyunturas semejantes; pero, en este caso, las condiciones de la coyuntura no se anclaban solamente en los impactos del desastre, pues Venezuela se encontraba iniciando un proceso de intensas transformaciones políticas e ideológicas (aún en desarrollo), otorgando al momento variables que contribuyeron a la magnificación de los efectos y a la profundización del propio desastre. Como un ejemplo de ello, basta recordar que el propio 15 de diciembre de 1999 (y en medio de aquellas incesantes lluvias) el país acudía a una consulta nacional para aprobar una nueva Constitución.

En contextos como ése, donde se puede advertir una coyuntura política conflictiva, cualquier desastre incrementa sus efectos y sus resultados negativos deben observarse más allá de la destrucción material o de las pérdidas económicas, para tomar en cuenta las *formas de interpretación* que se expresan al respecto en el propio momento de despliegue del evento, así como las que intervendrán posteriormente. Estas circunstancias, además, han jugado roles determinantes en la comprensión y en los análisis de los desastres (véase Rodríguez y Audemard, 2003; García Acosta, 2004; Altez, 2006), y el ejemplo de Vargas en 1999 no fue la excepción de la norma.

El nuevo gobierno (que por entonces iniciaba nuevas formas de relaciones de poder en el país) apuntaba decididamente a un severo cambio político e institucional (que ha sido llamado, justificado y dignificado como una *revolución* por la administración nacional), y apoyó (continúa apoyando) su discurso sobre la misión de “borrar los errores del pasado” y “reconstruir la nación”. Sin embargo, las circunstancias expuestas después del desastre, sólo han evidenciado la misma situación histórica de siempre (es decir, la actividad decisiva de los mismos agentes), pero con otros protagonistas propios del tiempo presente. Las nuevas relaciones de poder que se construyeron a partir del ascenso de un sector social y político que no poseía referentes ni reflejos con el modelo del pasado, cambiaron los personajes, pero sostuvieron el libreto: *gobierno y capital privado de la construcción volvieron a relacionarse convenientemente de la mano de una oportunidad abierta por un evento destructor*. Actualmente, los responsables de la reconstrucción de las zonas afectadas en el estado Vargas, están recreando las mismas condiciones históricas que construyeron los riesgos y las vulnerabilidades determinantes en la tragedia de 1999.

El papel del capital de la construcción es también, como en casi todo el mundo moderno, determinante en el proceso material de construcción de vulnerabilidades. La inversión privada en el desarrollo urbano no puede desplegarse sin el consentimiento del Estado. Son las leyes y normativas de construcción las que dan espacio al despliegue de este tipo de capitales. Y en el caso de los procesos de reconstrucción post-desastre, gobiernos y capitales vuelven a asociarse para sacar ventajas de las circunstancias. Luego de 1999, la recuperación de las zonas devastadas implicó la ejecución de las ayudas internacionales y de los créditos extraordinarios aprobados en la Asamblea Nacional. Todo ello representó grandes cantidades de dinero que muchas veces se contaron en dólares y en euros, donde los beneficios económicos se repartieron entre contratistas y administradores.

A través de ejemplos como el que se torna evidente con el caso Vargas, es posible afirmar que *el proceso histórico y social que construye a los riesgos y las vulnerabilidades, es una relación entre el poder* (agentes políticos, instituciones públicas y capital privado) *y la sociedad* (comunidades, líderes locales y regionales), donde los enlaces populistas y clientelares siempre conducen a resultados catastróficos. Quizás la situación sea similar en todos los países “subdesarrollados”, cambiando sólo

algunos nombres en la dinámica de la historia, pero arribando siempre a los mismos resultados. Sin embargo, es importante apuntar que en el caso que aquí se expone, las mencionadas nuevas relaciones de poder contaban con una valiosa oportunidad a la vuelta de la destrucción masiva de buena parte de la región, al abrirse ante sus manos la posibilidad de *re-hacer el urbanismo* y de *re-construir socialmente la percepción del riesgo*. Lamentablemente, lo único que ha cambiado a profundidad en Venezuela han sido las relaciones políticas e institucionales, pues las estructuras (históricas, sociales, culturales o ideológicas) permanecen reproduciéndose de la misma manera que lo venían haciendo desde antes de 1999.

El desastre, visto como una oportunidad que ofrece condiciones suficientes para iniciar cambios estructurales, sólo mostró (para el caso del estado Vargas) la continuidad de las estructuras sociales y la misma dinámica de la historia: *capital privado e intereses políticos como los mayores constructores de riesgos*. Estos dos agentes determinantes en el proceso histórico moderno y contemporáneo, son los verdaderos constructores de las vulnerabilidades. No obstante, las autoridades públicas que se han dado a la tarea de la reconstrucción, han aprendido a llamar (casi irónicamente) a sus propios errores como “*construcción social del riesgo*” o “*riesgo socialmente aceptado*”, entendiendo en este caso a las nociones de lo “social” y de la “aceptabilidad”, como literalidades convenientes propias de un discurso ideologizador que les coloca fuera de la ecuación, tal como si se tratara de una realidad alucinada de la cual no forman parte.

5. CONCLUSIONES: EL NEGOCIO DEL RIESGO ENTRE LA REIVINDICACIÓN SOCIAL Y LA EXPLOTACIÓN POLÍTICA

Las comunidades de la región litoral venezolana viven entre la montaña y el mar, habiendo aprovechado, hasta la saturación urbana, los breves espacios que los abanicos aluviales ofrecen en esa estrecha franja costera. Asimismo, la ocupación de las laderas montañosas, geológicamente inestables, han quedado en manos de los sectores más empobrecidos, haciendo más visible las diferencias materiales que las desigualdades exponen a través del urbanismo indiscriminado. Sobre estas condiciones golpeó el desastre de 1999. Sorprendentemente para la lógica discursiva de la mayoría de los observadores, las zonas con mayor destrucción fueron las de los sectores económicamente más pudientes, quienes se hallaban asentados en los lugares más planos y mejor desarrollados infraestructuralmente. No obstante, los sectores llamados comúnmente “populares” que se vieron impactados por la destrucción, rápidamente contaron con la atención institucional que se desplegó (y aún se despliega) para la solución de sus problemas. A partir de allí, una relación de mutuas conveniencias (no siempre alineadas positivamente con los intereses de todos sus participantes), se tejió de la mano de la “negociación del riesgo”.

En algunos casos particulares, como el del sector La Veguita (Figura 7) en la parroquia Macuto (véase el trabajo de investigación desarrollado por Revet, 2007), el riesgo negociado condujo a que la institución encargada de la reconstrucción (la Corporación para la Reconstrucción del estado Vargas, CorpoVargas, designada por orden del presidente a pocas semanas luego del desastre), cambiara sus decisiones técnicas a favor de las propuestas de la comunidad. La delimitación de las áreas para vivienda o las declaradas inhabitables, culminaron adaptándose a las demandas de las personas.

C'est la tension entre les différents objectifs qu'elle poursuit qui conduit CorpoVargas à reconsidérer la décision de détruire le quartier. Le rapport technique du mois de juin 2004, qui délimite des zones constructibles et des zones dangereuses, est à la fois le premier signe de la prise en compte de critères qui ne sont pas uniquement techniques et la reconnaissance que le risque, en plus d'être une réalité tangible, est une variable négociable." (Revet, 2006 :176).



Figura 7 Ortofotografía del sector La Veguita, captada el 21 de diciembre de 1999

Imagen cedida gentilmente por la Autoridad Única de Área para el Estado Vargas

En descargo de las comunidades y de las autoridades que atienden el caso, la región ofrece pocos espacios donde construir sin riesgos. Y éste no es un detalle menor. Como se ha observado, las condiciones morfológicas del litoral colocan las posibilidades de viviendas entre abanicos aluviales y laderas inestables. El asunto es que la forma histórica de resolver esta encrucijada geográfica se desplegó de espaldas a una relación positiva con el medio ambiente.

La sociedad allí asentada se transformó históricamente en un despliegue de comunidades que sobreviven entre el clientelismo, la economía informal y la mano de obra portuaria, conviviendo con aquellos que utilizan la región como balneario. Originalmente

fundadas para servir de puerto y paso a Caracas, las localidades de la zona se apoyaron en estrategias económicas que no apuntaron a la explotación de los recursos naturales como modo de vida, sino como contornos de vivienda. La pesca y la navegación, actividad natural de comunidades asentadas frente al mar, apenas ha sido eventualmente un recurso familiar que nunca calzó los puntos ni tuvo las intenciones de convertirse en desarrollo industrial o fuente de beneficio regional. Las montañas, determinantes de toda la morfología de la zona, fueron colocadas a la espalda de las representaciones sociales y ninguna comunidad creció asumiéndose “montañista”.

A un lado de todo esto, ha sido la economía informal la que se despliega como recurso de supervivencia en la cotidianidad de la región, pues el litoral es el balneario histórico de Caracas, lo cual ha estimulado la economía de servicios que se evidencia en el “mercado playero” de cada fin de semana y en las tiendas de bebidas, comidas y ropas que aguardan por sus consumidores caraqueños. Ni pescadores ni montañistas, los litoralenses venezolanos olvidaron algo más que su pasado cuando se dieron a la tarea de sobrevivir prestando servicios a la capital (ya como puerto, balneario o dormitorio): dieron la espalda a su medio ambiente.

En consecuencia, el patrón de asentamiento de las comunidades del litoral central no se articuló con su entorno. Los cauces por donde bajan las aguas de la montaña, otrora fuentes de abastecimiento, fueron enmascarándose con el desarrollo urbano contemporáneo del mismo modo y al mismo tiempo que se tornó irreversible la posibilidad de reconstruir positivamente la convivencia con la naturaleza. Poco a poco, la ocupación del espacio a favor de las construcciones de viviendas formales e informales, camuflaron los ríos y quebradas entre calles y casas, edificios y barriadas. Este proceso, asimismo, se desplegó ajeno al comportamiento regular de los fenómenos naturales y de sus consecuencias en la región. Es por ello que los desastres históricos poco o nada han aportado a la conformación de comunidades, sólida y positivamente relacionadas con el medio ambiente en el que se asientan, y esto es plausible en la vulnerabilidad material de las mismas y en la ausencia de una memoria colectiva que las vincule simbólicamente con ese medio ambiente.

La convivencia con un entorno determinado morfológicamente por las montañas, flanqueado por el mar y atravesado por decenas de quebradas y ríos, parece haber quedado a un lado del proceso simbólico de las comunidades del litoral venezolano. Quizás pueda suponerse que las “representaciones sociales del riesgo” (a decir de Revet, 2006) son, en sí mismas, una “forma” de convivencia con ese medio ambiente; sin embargo, en esas representaciones parece no tener lugar un modo de vida que se articule con la presencia y el comportamiento de la naturaleza que le rodea.

Aún así, luego del desastre de 1999 ese medio ambiente se ha hecho de un lugar en el discurso público y en la cotidianidad como nunca antes lo detentó, de la mano de nuevas relaciones de poder y nuevas prácticas políticas. No obstante, se trata de prácticas que, como ya se señaló, operan con la misma lógica de siempre: aprovechamiento

ideológico de las comunidades a favor de los intereses de turno. La “negociación entre dos sistemas de representaciones” mencionada por Revet, donde el discurso técnico-científico de CorpoVargas culmina cediendo ante las demandas de las comunidades en riesgo, ha convertido a éste en una “variable negociable”. Más allá de esto, lo que importa observar y comprender es que el riesgo se reproduce, así como se reproducen las vulnerabilidades, de la mano de procesos históricos y sociales que siempre apuntan a satisfacer intereses de poder, y no a minimizar amenazas.

Con la “negociación” de la ubicación de las viviendas (que el gobierno ofreció en la mencionada comunidad de La Veguita), dentro de un área originalmente identificada como “inhabitable”, las comunidades de la zona sólo demostraron la maleabilidad política de las decisiones, mucho más que una forma particular de representarse el riesgo. Su participación en las discusiones sólo obtuvo una reivindicación social ante el poder, pero no una solución a su situación de vulnerabilidad. Más aún, ese “logro” es un indicador de esa vulnerabilidad.



Figura 8 Viviendas construidas por CorpoVargas y la Gobernación del Estado Vargas en el sector La Veguita de Macuto (Fotografía: Rogelio Altez).

Nótese la proximidad con el cauce y la comparación ineludible con la destrucción presentada en la imagen de la Figura 7

La Veguita no es la única comunidad en esa situación, ni el único espacio donde el gobierno regional, asociado con el gobierno central, ha construido viviendas “de interés

social” con las cuales dar una “solución” a la reconstrucción post-desastre. Con ello, el problema de la negociación del riesgo sólo cobra un matiz de encubrimiento del proceso real, en el cual las variables de siempre continúan operando y reproduciendo las condiciones de riesgo y vulnerabilidad ya característicos y estructurales de la región entera. Son estas comunidades cuyas representaciones sociales dan la espalda a la montaña y al mar, las que se despliegan en el tiempo, olvidando su pasado e ignorando su propio medio ambiente, enseñando con ello una vulnerabilidad estructural que sólo da cuenta de una *sociedad del riesgo*, como lo habría dicho Beck (1996).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altez, R. 2009. *Ciclos y Sistemas versus Procesos: aportes para una discusión con el enfoque funcionalista sobre el Riesgo*. Desacatos, 30:111-128.
- Altez, R. 2007. *Muertes bajo sospecha: Investigación sobre el número de fallecidos en el desastre del estado Vargas, Venezuela, en 1999*. Cuadernos de Medicina Forense, 13 (50): 255-268.
- Altez, R. 2005. Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas, Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana*. Volumen Especial: 313-342.
- Altez, R. 2006. *El desastre de 1812 en Venezuela: sismos, vulnerabilidades y una patria no tan boba*. Universidad Católica Andrés Bello-Fundación Polar, Caracas, 522 p..
- Altez, R. y Revet, S. 2005. Contar los muertos para contar la muerte: Discusión en torno al número de fallecidos en la tragedia de 1999 en el estado Vargas. *Revista Geográfica Venezolana*. Volumen Especial: 21-43.
- Audemard, F.; M. Machette; J. Cox; R. Hart y K. Haller, 2000. Map and database of Quaternary faults in Venezuela and its offshore regions. *U.S. Geological Survey Open-File-Report 00-18*, 79 pp + map.
- Audemard, F., 2002. *Ruptura de los grandes sismos históricos venezolanos de los siglos XIX y XX revelados por la sismicidad instrumental contemporánea*. XI Congreso Venezolano de Geofísica, Caracas, 17 al 20 de Noviembre, 8 pp. (Resumen extendido en CD-ROM).
- Beck, U. 1996. Teoría de la sociedad del riesgo, pp.201-222. En Josetxo Barriain (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*. Anthropos, Barcelona.
- Cardona, O. 2005. *Indicadores de Riesgo de Desastre y de Gestión de Riesgos*. Universidad Nacional de Colombia, Manizales / Inter-American Development Bank, Washington D.C., 223 p.
- CEPAL-PNUD. 2000. *Los efectos socioeconómicos de las inundaciones y deslizamientos en Venezuela en 1999*. México. D. F. Sede subregional de la Comisión

- Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), CEPAL-PNUD, Coordinado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en el marco del proyecto VEN/00/008/A/08/52.
- Cunill Grau, P. 1987. *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, tres tomos.
- Díaz, J. D. 21-mayo-1817. *A los autores y agentes del 19 de abril*. Gaceta de Caracas, Caracas, N° 132:1027-1034.
- Duane, W. 1968. *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823: de Caracas y La Guaira a Cartagena, por la Cordillera hasta Bogotá, y de aquí en adelante por el Río Magdalena*. Instituto Nacional de Hipódromos, Caracas, dos tomos.
- Gadamer, H.-G. 1997. La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo, pp. 109-125. En José Luis Villacañas y Faustino Oncina (comp.), Editorial Paidós, Barcelona.
- García Acosta, V. (Coord.). 1996. *Historia de los desastres en América Latina, Volumen I*. Bogotá, CIESAS-LA RED, 372 p.
- García Acosta, V. 2005. *El riesgo como construcción social y la construcción social del riesgo*. Desacatos, 19: 11-24.
- Garner, H. F. 1959. Stratigraphic sedimentary significance of contemporary climate and relief in four regions of the Andes Mountains. *Bulletin of the Geological Society of America*, 70:1327-1368.
- Godelier, M. 1989. *Lo ideal y lo material*. Taurus Humanidades, España, 308 p.
- Koselleck, R. 1997. Historia y hermenéutica, pp. 67-94. En José Luis Villacañas y Faustino Oncina (comp.), Editorial Paidós, Barcelona.
- Marramao, G. 1989. *Poder y secularización*. Ediciones Península, Barcelona, 298 p.
- Maskrey, A. (Comp.). 1993. *Los desastres no son naturales*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED). Bogotá, 140, p.
- Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI). 1997. *Proyecciones para 1999*. *Boletín Estadístico*, Caracas.
- Revet, S. 2006. *Le risque négocié. Conflits et ajustements autour de la reconstruction de Vargas (Venezuela)*. Autrepart, 37: 163-181.
- Revet, S. 2007. *Anthropologie d'une catastrophe. Les coulées de boue de 1999 au Venezuela*. Paris, Presses Sorbonne Nouvelle, 266 p.
- Rodríguez, J. A. y Audemard, F. 2003. Sobrestimaciones y limitaciones en los estudios de sismicidad histórica con base en casos venezolanos. *Revista Geográfica Venezolana*, 44, (1): 47-75.
- Rohl, E. 1949. Los diluvios en las montañas de la Cordillera de la Costa. *Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales*, Caracas, 22 (38):34-59.
- Schimtz M., Cragno A., Romero M. y Malavé G. *Investigaciones geofísicas en el estado Vargas, Venezuela*. Serie Técnica, FUNVISIS, 1: 166-175.

- Singer, A. 1977. *Síntesis regional de la evolución geomorfológica de la Cordillera de la Costa en el área de Caracas*. V Congreso Geológico Venezolano. Guía de Excursión N° 1., Caracas.
- Urbani, F. 2002. Geología del Macizo del Ávila y adyacencias, estado Vargas, Miranda, Aragua y Distrito Capital. En Altez, R.; Rodríguez J.A.; Urbani F., Delgado J.; y Schimtz M. *Riesgos ambientales urbanos y vulnerabilidad en Caracas y el estado Vargas. Aludes como fuente de riesgo, presente y pasado, Guía de Campo*. III Coloquio sobre Microzonificación Sísmica y III Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica. Caracas, FUNVISIS, 22 p.
- Urbani, F. y Ostos M. 1989. El Complejo Ávila, Cordillera de la Costa, Venezuela. *Boletín GEOS*, 29:205-215.
- Wilches-Chaux, G. 1993. La vulnerabilidad global, 9-50. En Maskrey, A. (Comp.). *Los desastres no son naturales*. LA RED, Bogotá.
- Wolf, E. 1987. *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 604 p.